

COLUMPIO SUSPENDIDO

Agustín Monsreal / Escuela de Teatro INBA



Galería ochenta centavos, un muégano de a treinta, dos paletas de limón de a diez y todavía quedaban veinte para comprar algo a la salida. Subió las escaleras haciendo presión sobre la punta de los pies —lo hace igual cada vez, quien quita y se le endurezcan las piernas. Acomodó la chamarra en la tira de madera de atrás para proteger la espalda contra lo duro del filo y se ovilló como si estuviera en el pedacito de cuarto (paredes chorreadas de imágenes, de retratos con nombres sin memoria) que a la hora de dormir le toca.

Los viernes iba al cine. Lo hacía en compañía de Bárcenas y Brambila, sus inseparables, los camaradas dueños y transmisores de la experiencia, los protectores a la salida de la escuela y en las jornadas callejeras, los “Como si fuéramos hermanos, ¿noo?”, los grandes. Esta vez, ellos fueron a ver “La torre de Nesle” y como a él no le dejaban entrar, pues...

Un cosquilleo le asumió el cuerpo cuando los protagonistas de la película cantaban “Amor indio” de montaña a montaña. Se vio vestido con el uniforme rojo de la policía montada, arrogándose la armonía de los pasos de Avelina; imaginó, con una risa queda, los ojos y la boca grandes de envidia de sus amigos. Su fantasía se sentía inmune en este desierto de sombras manoseándose, de respiraciones gordas, de olores calientes; su fantasía manando:

Avelina sentada en el pasto, esperándolo con una ramita dulce entre los labios, besándolo al llegar, enamorando, tomados apenas de la mano, la flaca vereda de polvo, saboreando entre sus párpados la flor cerrándose

* Del Taller de Cuento.

de atardecer, despidiéndose ante la reja grande de su casa, pidiéndose soñar entre sí, amplios de sonrisa y ternura, acariciándose, jurándose; Avelina, la pelirroja de ojos húmedos, con su vestido naranja y tobilleras y su cinta sobre el pelo; la risueña, la pensada para novia primera, de siempre, de toda la vida. La imagen se le borró, se le escapó al ritmo de un ruido ríspido de sus dientes. Se rascó con fuerza la entrepierna.

En la siguiente (7.15), era donde un tipo (traje gris, camisa negra), empujaba a una anciana en silla de ruedas por las escaleras y soltaba la carcajada —lo había visto en los avances la semana anterior. Se estremeció secretamente al recordar la escena.

Colmaba la sala un silencio extenso, expectante; los amantes se acercaban al beso previsible, inevitable; entonces desenvolvió la bolsa que siempre llevaba preparada y sopló en ella rompiendo el ensueño colectivo y produciendo hilaridad y descontento. Una voz anónima brotó de la obscuridad: “Así tronó tu hermana, güey.” Tiró el papel a la luneta mientras el policía, prieto, endiosado en azul y gordo, permanecía con los ojos imantados en la pantalla.

Cuando negreó sobre la superficie blanca el “finis”, descendió cabalgando la madera y se metió al baño. Un tipo seco y casi calvo entró tras de él y se le quedó mirando mientras orinaba. Al momento de rehacer, frente al espejo amarillento, el copete envaselinado, se estremeció.

—Oye, te doy diez pesos, ¿ssi?

La pretendida dulzura de la voz y la mirada grotesca, lo aventaron contra la puerta:

—¡Déselos a su madre!

Y bajó a saltos los escaños interminables, corrió sin detenerse hasta la esquina del mercado donde, blanco de vergüenza y susto y humillado, se detuvo a comprobar que no era seguido.

Una inseguridad, una necesidad de apoyo le temblaba en la raíz de la lengua. Se le venían arrastrando las palabras, las nunca dichas en voz alta, las hechas para protegerse de los miedos, para sentirse igual que todos, hijo de familia:

—Padre-Madre—.

Las palabras nunca verdades, descarnadas, recluidas en la salinidad de la mirada; las inservibles.

El incidente debía ser distinto a los ojos de sus amigos, debía crecer, mostrar lo capaz de valerse por sí mismo: “Le soltó un cabronazo en el hocico que . . .” Y estrelló su rabia contra la orilla de la pared hasta sentir rajarse la piel y asomar la sangre a los nudillos.

La sinfonía de la esquina eructaba una melodía tambaleante y gritona. Los perros hueseaban en un rincón entre desafío y desafío.

Frente a la puerta de la vecindad se sentó a fumar un medio cigarro. Ahora ella preguntaría qué le había pasado en esa mano, si había vuelto a pelear, que no entendía, que . . . y empezaría.

La tía Ana quejándose de las enfermedades, los gastos; echándole en cara los cuidados y preocupaciones, los sacrificios que él nunca agradecía; preguntando a Dios qué castigo estaba pagando, por qué tenía ella que llevar sobre sus espaldas cruces ajenas. Siempre propensa al llanto, siempre apretada en su vestido negro y su agenda de evocaciones: Su juventud oscura y plana, herida supurante, llena de soledad; su juventud estragada por el deber impuesto —he cuidado de ti, has sido mi razón, mi necesidad,

amándote se ha llenado mi piel de arrugas y secretos—, por alzar a la vida el ardor creciente que su vientre no llevó. El vientre cerrado de siempre, estricto, negado a la desfloración, al riego, a la gestación; el vientre nunca celebrado, sellado por fidelidad a él que ha ignorado el hervor, los temblores internos de la tía Ana, su única, casi anciana familia.

¿Y si la dejaba? Bastaba no entrar.

Irse.

Podía desprenderse del olor a rancio de la casa, soltarse, hacer lo suyo; sin remordimientos, sin paso atrás ni mirada, sin escrúpulos; liberar su vida sujeta, aplastada; podía subir, ser grande, podía.

Irse.

Huir de Avelina —señorita, yo no me siento junto a ese niño, tiene los zapatos rotos—, la muchacha rica, bonita, la única risa sólida del barrio, la que ni siquiera le habla y que no lo invitó a sus fiestas de quinceaños, la muy cabrona!

Irse.

Independizarse de los arranques pendencieros de Bárcenas y Brambila, de la sumisión a ellos —“como si fuéramos hermanos, ¿noo?”, por el miedo de saberse incapaz de medir distancias solo. Deslastrarse de estas calles sucias y malolientes, raspadas por la indiferencia de los años; lejos de estas gentes que se arrastran como fantasmas, lentas, consumiéndose.

Irse.

Libre del rostro polveado y penetrado agudamente por el tiempo, del frío de las noches y los labios empecinados en guardarlo para su aliento, en mamarlo, en secarlo para recrearse, revivir.

Empuñado, el recuerdo del día que cumplió once años le bajó a la garganta.

Desde meses había previsto unos patines embalados que lo pondrían a la altura de los gordiflones de la otra cuadra. La noche anterior, se soñó rodando metálicamente su alegría por la colonia, jugando carreras, zumbando ruidosamente el ansiado declive del puente; imaginó los nuevos pies pegados a su cuerpo, patinando de charcos a nubes, llevado, deslizado sin esfuerzo por el viento, sonando, repicando como una campana libre por el cielo. La sombra calcárea, tallada en estrechez enlutada, con suavidades de espuma y un temor queriendo ser sonrisa, lo despertó. Las explicaciones no bastaron, ni las promesas. La desilusión, la ilusión rota de golpe, le hizo dolerse, y maldecir y chillar y —mejor ni haber nacido—. Quebrada de angustia, de inútil, la mano gastada por los quehaceres y el tiempo, le golpeó la cara, le mostró entera su debilidad, su desamparo, su pequeña vida pendiente de él.

Sentado, con las piernas abiertas y la cabeza casi entrada en ellas, los dedos entrecruzados sobre la mandíbula lampiña y girando la mirada de las puntas entradas en años de los tenis, al humo último de la colilla expirando. Sintió un desasosiego líquido en los ojos y se decidió a entrar, convocado por el estrecho vínculo de aquellos brazos almidonados que al final le harían prometer —no por mí, que al cabo ya estoy vieja, hazlo por ti, ya eres un hombrecito, ya estás en edad de comprender que la vida . . .—, ser bueno.

Caminó el árido pasillo hambreado las cuarteaduras del muro, con la carne nerviosa, a punta de alfiler; un poco como triste, mirando el dolor de su mano hinchada.